

TIEMPO DE PREPARACIÓN Y ESPERA

*Ven Señor
Jesús, Ven*

*UN DEVOCIONAL PARA
ADVIENTO*

*NATHAN SHERMAN &
WILL WALKER*

VEN SEÑOR JESUS, VEN

UN DEVOCIONAL PARA ADVIENTO

Adviento es un tiempo de preparación, que comienza cuatro domingos antes de la navidad. La palabra proviene del latín “adventus”, que significa: venida o arribo. Similar al tiempo de cuaresma, que nos prepara para el domingo de resurrección, el adviento es una época de reflexión y anhelo del Rey venidero. A medida que nuestra expectativa por la primera venida de Cristo se intensifica, nuestro anhelo y expectativa por su segundo adviento se incrementa también.

A lo largo de los siglos, la iglesia ha adoptado muchos temas para insistir en una idea específica para cada semana. Nosotros usaremos tal vez el tema más común focalizándonos en la esperanza, la paz, el gozo y el amor.

Oramos para que cuando llegue el día de Navidad y tú hayas terminado con esta serie de devocionales, te unas a las palabras de la iglesia primitiva cuando exclamaba: ¡Maranata! ¡Ven, Señor Jesús!

VEN
SEÑOR JESUS,
VEN

UN DEVOCIONAL PARA ADVIENTO

Nathan Sherman & Will Walker

PROVIDENCE CHURCH – AUSTIN, TX.

Todas las citas bíblicas han sido tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS (LBLA),
copyright © 1986 The Lockman Foundation, La Habra, CA.

Ven Señor Jesús; un devocional para Adviento © 2011, por Providence Church, Todos los
derechos reservados. Traducido con permiso de la iglesia Providence, Austin, TX.

Traducción realizada para la Iglesia Evangélica de Vúcar, en Almería, España, 2020.

Agradecimientos especiales en la traducción y edición a: Chloe Wolfson, Nancy Clarneau,
Carlos Bloise y Jesús Madrid.

CONTENIDO

PREFACIO: ¿QUÉ ES EL ADVIENTO?

SEMANA UNO: ESPERANZA

SEMANA DOS: PAZ

SEMANA TRES: GOZO

SEMANA CUATRO: AMOR

PREFACIO: ¿QUÉ ES EL ADVIENTO?

Adviento es un tiempo de preparación, que comienza cuatro domingos antes de la navidad. La palabra proviene del latín “adventus”, que significa: venida o arribo. Similar al tiempo de cuaresma, que nos prepara para el domingo de resurrección, el Adviento es una época de reflexión y anhelo del Rey venidero. A medida que nuestra expectativa por la primera venida de Cristo se intensifica, nuestro anhelo y expectativa por su segundo adviento se incrementa también.

La gran proclamación: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:14) nos asegura que Dios ha entrado en la historia de la humanidad a través de la encarnación del Hijo. La época de Adviento, un tiempo de espera, está diseñado para cultivar nuestra conciencia de las obras de Dios en el pasado, presente y futuro. En esta época, escuchamos las profecías de la venida del Mesías dirigidas a nosotros: aquellos que esperamos su segunda venida.

Nuestro sentido de expectación se intensifica a medida que miramos hacia el día cuando el león yacerá junto al cordero, la muerte será absorbida, y toda lágrima será eliminada. De esta manera el adviento resalta la historia completa del plan redentor de Dios.

Se debe agregar una deliberada tensión en nuestra práctica de la época de Adviento: Cristo ha venido, pero no todas las cosas han alcanzado su plenitud aún. Así es que recordamos el anhelo de Israel, damos gracias por el nacimiento de Cristo, y esperamos su regreso. Por esta razón, el adviento comienza como una época de penitencia, una época de disciplina y arrepentimiento en la expectativa confiada y la esperanza de que Cristo viene otra vez.

A lo largo de los siglos, la iglesia ha adoptado muchos temas para insistir en una idea específica para cada semana. Nosotros usaremos tal vez el tema más común focalizándonos en la esperanza, la paz, el gozo y el amor.

Oramos para que cuando llegue el día de Navidad y tú hayas terminado con esta serie de devocionales, te unas a las palabras de la iglesia primitiva cuando exclamaba: ¡Maranata! ¡Ven, Señor Jesús!

SEMANA 1

ESPERANZA

DÍA 1: SENTANDO LAS BASES

¿Qué es esperanza? Usamos esta palabra todo el tiempo. “Espero no caer enfermo”, “Espero que mi jefe sea amable conmigo” “Espero que mi equipo tenga una buena temporada este año”.

Cuando usamos la palabra “esperanza” en este sentido, lo que realmente queremos decir es: expresar un deseo por algo que queremos que pase independientemente de la posibilidad de que esto suceda realmente. La esperanza bíblica, por otro lado, es: “la confianza de que lo que Dios ha hecho en el pasado garantiza nuestra participación en lo que Dios hará en el futuro”. La palabra “garantía” demuestra la vasta diferencia entre los deseos fugaces de una esperanza casual y la firme promesa de la esperanza bíblica.

Esperanza es un término orientado hacia el futuro, pero que hunde sus raíces en eventos pasados. En el Antiguo Testamento, la fuente de esperanza para el pueblo de Dios era el carácter probado de Dios y sus poderosas obras en la historia. El salmista dice:

“Bienaventurado aquel cuya ayuda es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en el Señor su Dios, que hizo los cielos y la tierra, y todo lo que en ellos hay; que guarda la verdad para siempre; que hace justicia a los oprimidos y da pan a los hambrientos. El Señor pone en libertad a los cautivos”. Esta esperanza está fundada en lo que Dios es y lo que ha hecho.

Cuando Dios llamó a Moisés a liberar a su pueblo de la esclavitud de Egipto, Moisés puso una serie de excusas y dudas. Dios no respondió desarrollando el carácter de Moisés o incluso respondiendo directamente a las dudas que él tenía; en lugar de eso, Dios hizo que Moisés pusiera su esperanza solo en Él. Para ello apeló al fundamento de su promesa y a su capacidad de hacer grandes cosas en la Tierra (Éxodo 6:1-8). Después de Moisés, el evento relatado en el libro de Éxodo formó los fundamentos de esperanza para el pueblo de Dios.

Ellos repitieron esta historia una y otra vez. Esta es la razón por la que el concepto de Mesías estaba estrechamente vinculado a términos como “Libertador”.

A lo largo de la Biblia, la verdadera esperanza no es probada en base a nuestra capacidad de esperar, sino más bien en la capacidad de Dios de liberarnos. Es el profundo anhelo de Dios de mostrarse a sí mismo como lo que Él es una y otra vez.

Jean Paul Sartre, un famoso filósofo ateo, expresó un mes antes de morir que se resistía con tanta fuerza a sus sentimientos de desesperación que se decía a sí mismo: “Sé que voy a morir en esperanza”. Pero luego con profunda tristeza añadiría: “...pero la esperanza necesita un fundamento”. Sin un fundamento sólido, lo que tenemos es sólo una ilusión o una capacidad personal.

El Adviento es una época de esperanza porque podemos mirar hacia atrás a la vida, muerte y resurrección de Jesús, porque “nadie puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, el cual es Jesucristo” (1ª Corintios 3:11). También podemos mirar hacia adelante al día en que Jesús regresará, y cumplirá nuestro más profundo anhelo de verle cara a cara.

¡Ven Señor Jesús, ven!

El Adviento nos pone ante esta pregunta: “¿Qué es lo que anhelo ahora?”. Si estamos débiles en esperanza, tal vez sea porque hayamos basado nuestra esperanza en cosas como: la salud, las posesiones, la reputación, las relaciones personales. Tal vez estas sean las cosas que anhelamos ahora. Pero cuanto más caminamos alrededor de esta pregunta y permitimos que ésta penetre en nuestras capas de distracción y auto protección, más poderosamente experimentaremos el adviento: “Oh Dios, examíneme y reconoce mi corazón; ponme a prueba y reconoce mis pensamientos; mira si voy por el camino del mal y guíame por el camino eterno” (Salmo 139:23-24)

Lectura bíblica: Romanos 8:28-39

DÍA 2: LOS MAGOS

La época de Adviento es el reflejo del anhelo encontrado en las páginas del Antiguo Testamento: Sin embargo, el adviento de Cristo aparece casi 500 años después del último profeta: Malaquías. Durante el exilio Israel había declinado, perdido su identidad nacional y unidad que había tenido bajo la línea real descendiente de David.

El evangelio de Mateo nos provee el primer informe del anuncio de la llegada del Mesías, el Rey, Jesús. Uno de los principales objetivos que tenía Mateo en su evangelio era la de establecer a Jesús como el verdadero y justo Rey y luego el de preguntar a sus lectores: “¿Le adorarás como Rey?”

Mateo establece la dignidad real de Jesús llamándole el Hijo de David en el primer versículo, luego menciona el nombre de David otras cinco veces más en el primer capítulo. Luego en Mateo 2:6 por causa de la visita de los Magos, los principales sacerdotes y los escribas citan a Miqueas 5:2, que profetizaban que de Belén, la ciudad natal de David, saldría el Señor de Israel que pastorearía al pueblo de Dios. Quienquiera que sea este gobernante, es claramente un nuevo David, un improbable rey superior que guiaría a Israel en justicia.

No sabemos mucho acerca de estos Magos, pero probablemente eran gentiles temerosos de Dios, que conocían al Dios de Israel, pero que no guardaban la Ley y probablemente tampoco tenían acceso a lo que nosotros llamamos hoy Antiguo Testamento. Es decir, Magos eran candidatos improbables para anunciar la venida del rey de Israel.

Lo que sí sabemos es que viajaron una enorme distancia para ser testigos de la llegada del Rey. Como Israel, los Magos estaban esperando la venida del Rey Mesías y un claro cumplimiento de la promesa que Dios había hecho a Abraham de que todas las naciones de la tierra serían bendecidas a través de su simiente.

Los Magos son un buen modelo de esperanza y adoración por su sacrificio y su anhelo. Algunas veces sacrificamos nuestra comodidad y posesiones para adorar a Jesús, pero lo hacemos a regañadientes, “sufrimos” por Jesús, de alguna manera. Los Magos eran cualquier cosa menos envidiosos, al contrario: “se regocijaron con grande gozo” (Mateo 2.10). Este bebé es Dios encarnado, Majestad en un pesebre, misterio y gloria. Por lo tanto, no pudieron hacer otra cosa que postrarse en adoración (Mateo 2:11).

Mientras Jesús yace tranquilo en el pesebre, estaba siendo preparado para la obediencia, hasta el punto de morir en la cruz (Filipenses 2:8). Tal vez el autor de la canción Chris Rice lo expresa mejor:

“Un dedo frágil enviado para sanarnos
Su tierna frente preparada para las espinas
Aquel pequeño corazón, cuya sangre vertería
Para salvarnos, nos ha nacido hoy”

La tierna frente de un rey crucificado, humilde en su vida, victorioso en la muerte.
¡Adorémosle, a Cristo el Rey!

Reflexión y oración:

En Romanos se nos dice que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto para la renovación del pueblo de Dios. Mirando alrededor este mundo quebrantado, la gente y la creación quebrantada. Sólo Dios entrando en el sufrimiento humano puede comenzar a sanar y a restaurar. Esperamos un nuevo Reino con una identidad nacional y un futuro asegurado; nuestras esperanzas en este tiempo dependen de este bebé que hace nuevas todas las cosas. Señor, te agradecemos por no abandonarnos en nuestro quebrantamiento, pero cuando el tiempo se cumplió, Tú dejaste tu trono celestial y entraste en nuestra creación. Te agradecemos por Tu salvación es una reconstrucción para la gente, tanto judíos como gentiles, quienes conocen el gozo del señorío del Rey Jesús. ¡Nos unimos con Tu creación para celebrar tu bondad amorosa que has mostrado a tu pueblo! Continúa restaurándonos, gozo de nuestra salvación, mientras oramos ¡Ven Señor Jesús, Ven!

Lectura bíblica: Mateo 2:1-7; Isaías 55.

DÍA 3: MARÍA Y ZACARÍAS

¿Qué hacemos con algunas de las promesas realmente difíciles que Dios ha hecho en las Escrituras? Por ejemplo: “y fiel es Dios, que no permitirá que vosotros seáis tentados más allá de lo que podéis soportar” 1ª Corintios 10:13. Y nos preguntamos: “Si esto es verdad, ¿por qué luchamos todavía con el mismo y viejo pecado?”. Las promesas de la Biblia deberían darnos confianza y contentamiento en la fidelidad de Dios, pero la realidad es que a menudo nos encontramos con dudas y frustración. ¿Podría ser que no creamos que Dios realmente cumplirá su promesa o que no es capaz de hacerlo?

Podemos ver dos posibles respuestas en Zacarías y María a este tipo de promesas imposibles. Zacarías y su mujer Elisabeth no tenían hijos y eran de edad avanzada, esto significa que se les había pasado el tiempo de tener un bebé. La esterilidad para cualquier padre y madre expectantes puede traer un gran dolor y tristeza, pero esto se agravaba para Zacarías y Elisabeth si se tiene en cuenta que vivían en una sociedad que pensaba que estaban maldecidos por Dios por algún gran pecado en sus vidas. ¿Puedes imaginarte al ángel Gabriel deleitándose al decirles que Dios no solamente estaba respondiendo a sus oraciones para tener un hijo, sino que les daría un hijo como Elías que prepararía el camino del Mesías?

La respuesta de Zacarías fue de duda e incredulidad. Dios estaba anunciando la más grande noticia que hombre alguno podía recibir: la respuesta a décadas de oraciones prolongadas. Pero aun así Zacarías dijo al ángel: “¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada” (Lucas 1:18). Él quería una señal. Deseaba que esto tuviese sentido. Así como nosotros estamos propensos a hacerlo, Zacarías dudó de la promesa de Dios y probablemente también de su capacidad para cumplirla.

Por otro lado, María respondió con humildad al Dios de las “promesas imposibles”. Cuando Gabriel vino a María, diciéndole: “¡Salve, muy favorecida!, el Señor está contigo” (Lucas 1:28). Lucas nos dice que María se turbó en gran manera, tratando de imaginar lo que suponía este saludo. No lo entendía, pero lo recibió. En vez de indignarse, la postura inicial de María fue de humildad.

Entonces Gabriel le dio una promesa que era tan increíble como la que le había dado a Zacarías: “A pesar del hecho que aún no estás casada, a pesar del hecho que nunca has

estado con un hombre, a pesar del hecho de que en tu conocimiento no tienes ningún tipo de linaje real, concebirás un bebé que crecerá en tu vientre, cuyo reinado nunca, pero nunca, nunca, nunca llegará a su fin”. Zacarías dijo: “Esto no puede ser”. En cambio María dijo: “Hágase conmigo conforme a tu palabra” (Lucas 1:38).

Podemos fácilmente contrastar la humildad de María con la indignación de Zacarías, pero vale la pena excavar más profundo: ¿Qué es lo que produjo en ellos tales reacciones? La diferencia entre ellos no fue la situación en la cual se encontraban o su fuerza, sino en la esperanza que tenían del amor de Dios hacia ellos. Parece que Zacarías había renunciado a la idea de que Dios lo amaba y le proveería. Podemos imaginar su grito: “¡Tú no has estado aquí en los últimos cincuenta años, entonces ¿por qué debería creerte que estás aquí ahora?”. María por otro lado, parece que simplemente creyó que Dios la amaba tanto que le daría Su promesa.

Cuando escuchas o lees las promesas de Dios que parecen ser demasiado buenas para ser verdad, ¿crees que Dios te ama? Cuando estás en medio de la oscuridad, ¿puedes ver que Dios está cerca de ti trabajando para tu bien, para conformarte a la imagen de Su Hijo? Esto es lo que Dios hizo con Zacarías, incluso en su incredulidad. Zacarías pasó por una tremenda decepción, seguida por nueve meses de silencio, pero luego de la provisión de Dios, él llegó a ser un hombre humilde y gozoso que aprendió a esperar y confiar en las promesas de Dios.

La Navidad es una muestra de que Dios está dispuesto a cumplir sus promesas. Así como Domingo de Resurrección prueba que Dios es capaz de cumplir sus promesas. Nuestra esperanza está en ambas fechas. Nuestra esperanza está en Cristo.

Reflexión y oración:

“Perdónanos por dudar de tu capacidad o voluntad para cumplir las promesas que nos has dado. Nos arrepentimos de dudar de tu amor por nosotros a pesar de que tenemos el testimonio de las Escrituras y el de las vidas de quienes nos rodean. Danos humildad de forma tal que podamos confiar en ti y en tu amor por nosotros”

Lectura bíblica: Lucas 1:5-38

DÍA 4: JUAN EL BAUTISTA

Cuando leemos la historia de Juan el Bautista enviando a sus discípulos a preguntar a Jesús si Él era el Mesías, al principio parece confundirnos. ¿Acaso no habíamos visto a Juan el Bautista apenas unos capítulos antes bautizar a Jesús, seguido de una voz estridente del cielo declarando a Jesús como el Hijo de Dios (Mateo 3: 13-17)? ¿Entonces por qué se encuentra ahora confundido e inseguro?

Tal vez, Juan había entendido mal lo que el Reino debería ser. Antes de bautizar a Jesús, Juan fue enviado por Dios a predicar acerca de Jesús: "...el que viene detrás de mí es más poderoso que yo, a quien no soy digno de quitarle las sandalias; Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. El bieldo está en su mano y limpiará completamente su era; y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja en fuego inextinguible." (Mt. 3:11-12)

Es decir, Juan probablemente pudo haber pensado que la llegada del Mesías suponía el juicio de los pecadores y de los enemigos de Israel. Sabemos que él había condenado a los fariseos y a los saduceos por su falta de fe y genuina piedad, pero también había una expectativa común de que el Mesías liberaría a Israel de la opresión de Roma. Se pensaba que Dios reuniría a las tribus exiliadas de Israel bajo la gobernación benévola de la línea real davídica. Y al igual que David había derrotado a todos los enemigos de Israel y reinado sobre la región, Israel sería restaurada para tener una preeminencia nacional en el Mediterráneo.

Luego llegamos al capítulo 11 de Mateo, Juan se está desmoronando la celda de la cárcel donde le ha puesto el impostor rey de Israel. Cuando Juan escuchó la voz audible del cielo después de haber bautizado a Jesús, ese día no habría tenido duda de a quién estaba bautizando. Sin duda, cuando recostó su cabeza para dormir esa noche, él pensó cuidadosamente en los eventos del día y adoró a Dios por su revelación. Seguramente por muchas semanas y meses esperaba ansiosamente las noticias y obras de Jesús. No sabemos cuánto tiempo pasó desde aquel día en el río Jordán hasta el día en que mandó a sus discípulos a preguntar a Jesús si era realmente el Mesías, pero es evidente que mucho del poderoso impacto de aquel día en el río había ya menguado. Se suponía que Jesús vendría con el bieldo en su mano para separar el trigo de la paja, a los justos de los impíos. Así que, ¿cómo respondió Jesús a esta pregunta? Esto que parece una idea incierta para nosotros, no lo era para Juan. Jesús les recordó a los discípulos de Juan los milagros que habían visto en

Mateo 8-9, porque estos indicaban que el tan esperado reino profetizado por Isaías había llegado: “los ciegos ven” (Mateo 9:27-31; Isaías 29:18, 35:5, 42:7,18); “los cojos andan” (Mateo 9:2-8; Isaías 35:6); “los leprosos son limpiados” (Mateo 8:1-4; Isaías 53:4); “los sordos oyen” (Mateo 9:32-33; Isaías 35:5; 29:18; 42:18); “los muertos son resucitados” (Mateo 9:18-26; Isaías 26:19); “y a los pobres es anunciado el evangelio” (Mateo 4:17, 23; 5-7, 9:35; 10:7; Isaías 61:1).

Todas estas profecías de Isaías son tomadas de textos en los cuales el Mesías está juzgando a los impíos. Y esto es lo que Juan debía haber esperado que fuera verdad también en Jesús. Sin embargo, Jesús no mencionó ni una sola vez la venida del juicio, sino que envía a Juan sólo mensajes de sanidad y salvación. Tal como Isaías predijo, Dios está realmente visitando y consolando a Su pueblo.

Parece que Juan había esperado a un rey que juzgaría a los malvados. Si bien este juicio es una parte necesaria dentro del desarrollo del plan de Dios, lo que es infinitamente más glorioso de lo que Juan podría haber imaginado era la salvación de los nuevos hijos que Dios ha adoptado. Juan tenía una cierta esperanza y expectativa por cómo Jesús vendría y obraría, y cuando Jesús no obró como él se lo esperaba, comenzó a tener dudas.

¿Tu fe en la venida de Jesús está basada en lo que Jesús puede hacer por ti? ¿O confías tanto en Él que, cuando las cosas no van como a ti te gustaría o esperas, tu esperanza en Él permanece inquebrantable? Algunas veces es duro para nosotros recordar que no somos el protagonista de nuestra propia historia, sino que somos actores de reparto que sólo existimos para mostrar cuán dinámico es realmente el verdadero protagonista. La esperanza que es real y sostenible se encuentra en la primera venida de Cristo, en la cual Él ha reconciliado a los pecadores con Dios. Y se encuentra en Su segunda venida, cuando hará todas las cosas nuevas.

Reflexión y oración:

“Nos arrepentimos de esperar que tu reino sólo sirva para reivindicarnos y hacernos avanzar. Esperamos en ti y sólo en ti. Permite que vivamos nuestras vidas para llevar gloria al Cristo resucitado, pensando mucho más en Él y mucho menos en nosotros. Esperamos que tu primera venida nos redima y tu segunda venida haga todas las cosas nuevas”.

DÍA 5: SEGUNDA VENIDA

Hemos estado pensando acerca de cómo la esperanza está enraizada en el pasado: las poderosas obras que Dios hizo para su pueblo Israel y en la completa y suficiente obra redentora de Cristo. Hoy dirigimos nuestros ojos hacia el futuro. El énfasis principal sobre el tema de la esperanza en el Nuevo Testamento gira alrededor de la segunda venida de Cristo. Es allí donde la esperanza del creyente se convierte en una experiencia real en lugar de expectación sobre una experiencia futura.

Pablo dice en Romanos 8:23: “nosotros mismos gemimos en nuestro interior, aguardando ansiosamente la adopción como hijos, la redención de nuestro cuerpo.” En la primera lectura me sorprendió la frase “gemimos en nuestro interior”. Al principio no estaba seguro de lo que esto suponía. Luego sospeché que realmente no gemía en mi interior.

La palabra que se usa para “gemir” en este versículo ha sido descrita como: “un suspiro en razón del estado de opresión que causa el sufrimiento y del cual uno tiene el deseo de liberarse”. Pablo usa la misma palabra en 2ª Corintios 5:2 para expresar que nuestra existencia en el cuerpo es una carga, una señal de que la redención aún no ha sido completada.

Entonces mi sospecha se confirmó: Yo no siento que tener un cuerpo sea realmente algo opresivo y, por lo tanto, no anhelo estar libre de la vida en este cuerpo. No de la forma como los esclavos gimen en su duro trabajo y desean ser liberados. En palabras más simples: me gusta mi vida en la tierra. No me mal entiendan, yo espero el día en que Jesús restaurará todas las cosas, pero no puedo decir que gimo en mi interior como anhelando ese día.

Bueno, pero ¿qué hay de malo en que te guste la vida? Nada. O tal vez todo. Jesús dijo que él vino para traer vida en abundancia, y además afirmó que el que quiera salvar su vida la perderá. La época de Adviento me lleva a luchar con esta tensión, que me empuja una y otra vez hacia la misma pregunta: ¿Qué es lo que anhelo ahora? ¿La venida de Cristo es un anhelo tan profundo que llego a entender que la vida en este cuerpo es una carga? ¿En mi interior gimo, porque mi deseo de libertad simplemente no lo puedo expresar con palabras?

Los primeros cristianos usaban la palabra “maranata” cuando se saludaban unos a otros, que traducido quiere decir: “¡Ven, Señor Jesús!”. Cuando ves una injusticia en el mundo, ¿oras diciendo: Ven, Señor Jesús? Cuando estás afligido por tu propio pecado ¿te pones a pensar

en la frase: Ven, Señor Jesús? Si no es así, tengo la sospecha de que tengas puesta la esperanza en otra cosa que no sea en Jesús y Su Reino. Jesús es el único que puede traer la verdadera justicia final. Esperar en otra cosa es una locura. Jesús es el único que te liberará completamente del pecado.

El apóstol Juan dice que “cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él porque le veremos como Él es.” (1ª Juan 3:2) La gloria y la santidad de Jesús será tan cautivante y hermosa que todas las otras cosas en las cuales hayamos puesto nuestra esperanza serán abandonadas y olvidadas.

Con este fin Jesús nos llama:

“He aquí, yo vengo pronto, y mi recompensa está conmigo para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin....

Yo, Jesús, he enviado a mi ángel a fin de daros testimonio de estas cosas para las iglesias. Yo soy la raíz y la descendencia de David, el lucero resplandeciente de la mañana. Y el Espíritu y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que desea, que tome gratuitamente del agua de la vida...

Él que testifica de estas cosas dice: Sí, vengo pronto.” (Apocalipsis 22:7-21).

Amen. ¡Ven, Señor Jesús!

Reflexión y oración:

“Nos arrepentimos de todo aquello que nos aleja de la obra del Reino de Dios en la tierra (temor, inseguridad, egoísmo, ignorancia, orgullo y pereza) y expresamos nuestro deseo de que Dios nos use en Sus obras de misericordia, reconciliación, justicia, servicio y adoración. Oramos para que el Reino de Dios venga a la tierra: en nuestra vida, en nuestras relaciones, en nuestra iglesia, en nuestra ciudad, como en el cielo”.

Lectura bíblica: Salmo 51:1-12, Mateo 28:18-20, Mateo 5:13-16, 2ª Tesalonicenses 2:16-17

SEMANA II

PAZ

DIA 1: SENTANDO LAS BASES

El Diccionario Bíblico Holman define la paz como una "sensación de bienestar y plenitud que procede de Dios y depende de su presencia".

Una sensación de bienestar y plenitud de Dios significa, al menos en parte, que aceptamos todos los elementos de nuestra existencia como dispuestos por Dios. Es decir, descansamos en el gobierno soberano de Dios y estamos seguros de su fiel cuidado. Esta paz, que abrazamos por fe, fue una realidad absoluta para Adán y Eva en el jardín del Edén. Antes de comer de la fruta, no tenían que preocuparse por lo que era bueno o malo; confiaban en Dios exclusivamente para lo que era bueno y mejor para ellos.

Del mismo modo, los bebés confían absolutamente en sus padres. Cuando tienen hambre o necesitan un cambio de pañal, lloran haciéndole saber a sus padres que los necesitan. Cuando sus padres les cogen en brazos, no se preocupan por nada más. Sin embargo, a medida que los niños crecen, comienzan a ejercer su independencia y a rebelarse contra sus padres. Incluso una niña pequeña puede considerar la instrucción de sus padres como una mera sugerencia. Puede sopesar las opciones y hacer lo contrario de lo que quiere su padre, aunque el padre sepa qué es lo mejor para ella.

Nunca hemos experimentado plenamente la confianza total que tenían Adán y Eva en Dios. En consecuencia, nunca hemos tenido la paz que produce dicha confianza. Nuestro mundo desestructurado y en decadencia es solo una parte de nuestra realidad. Dallas Willard comenta, "todo nuestro entendimiento acerca de nuestra existencia física y el entorno en que vivimos está habitualmente inclinado hacia la realidad física o terrenal como la única realidad que existe", por lo que nos inclinamos a confiar y esperar en lo que se ve. Jesús nos advierte de esta manera: *"Por eso os digo, no os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que la ropa?"* (Mateo 6:25). Si buscamos satisfacción en cosas temporales como

seguridad, apariencia y dinero, entonces el resultado está asegurado. Estaremos ansiosos. Por eso Pablo dijo que la paz de Dios trasciende todo entendimiento. Simplemente no es como piensa el mundo, precisamente porque el mundo no puede verlo.

La época de Adviento nos llama a tener esperanza en lo que no se ve, el nacimiento improbable de un Salvador y el regreso de nuestro Rey. Cuando nuestra confianza está en la realidad de Dios que está más allá de cualquier riesgo y amenaza, la ansiedad no tiene sentido. "Ocurre", dice Willard, "sólo como una resaca de los malos hábitos que teníamos cuando confiábamos en cosas como la aprobación humana y las posesiones materiales, que seguramente nos decepcionaron. Ahora nuestra estrategia debe ser de decidido rechazo a la preocupación, mientras nos concentramos en el futuro con esperanza y con oración y en el pasado con acción de gracias".

La paz depende de la presencia de Dios como un padre bueno y cariñoso porque simplemente no hay otra fuente de paz. La ley y los profetas dan testimonio de esta verdad, en ellos vemos que solo Dios puede arreglar las cosas en nuestro mundo, y restaurar la paz del Edén. La máxima petición de oración por la paz es: "Ven, Señor Jesús, ven".

Reflexión y oración:

¿Cuáles son mis pensamientos de ansiedad? ¿En qué cosas temporales estoy confiando y en los cuales subyacen estos pensamientos de ansiedad? ¿Confiaré en Dios como mi Padre en estas áreas? Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos lo que necesitamos hoy, y confiaremos en que mañana será igual.

Lectura bíblica: En lugar de un pasaje, examinemos la paz que proviene de Dios en el Antiguo Testamento: Levítico 26:6; 1 Crónicas 12:18, 22: 9; 1 Reyes 2:33; Isaías 26:12, 52: 7; Ezequiel 37:26; Malaquías 2:5-6; Job 22:21, 25:2; Salmo 4:8; 29:11, 85:8, 122:6-8; Proverbios 3:17.

DÍA 2: SHALOM

En su libro, “El pecado; las cosas no son como deberían ser”, Cornelius Plantinga escribe: “En la Biblia, shalom significa prosperidad, plenitud y deleite en todas las cosas, un estado de abundancia en el que las necesidades naturales se satisfacen y los dones naturales se emplean fructíferamente, un ambiente que inspira gozo y asombro ante su Creador y Salvador quién abre puertas y da la bienvenida a las criaturas en las que se deleita. Shalom, es decir, es como deberían ser las cosas ". Esta imagen contrasta brillantemente con el cliché reduccionista de la “paz mundial”, a menudo asociado con pegatinas en los parachoques y estereotipos de los concursos de belleza.

La paz proviene de Dios. Del mismo modo que ninguna posesión, sentimiento de aprobación o logro personal puede introducir la paz en nuestras vidas, así mismo, ninguna estructura política o esfuerzo humano puede arreglar el mundo. En este mundo vemos batallas internas que van desde una leve ansiedad hasta graves trastornos de salud mental. Vemos conflictos interpersonales en matrimonios que luchan, familias rotas, comunidades divididas y países devastados por la guerra.

Es en este contexto, es que la profundidad y riqueza de la paz bíblica es introducida por la perfecta vida, la muerte y resurrección de Jesucristo. “ Porque agradó al Padre que en Él habitara toda la plenitud, y por medio de Él reconciliar todas las cosas consigo, habiendo hecho la paz por medio de la sangre de su cruz, por medio de Él, repito, ya sean las que están en la tierra o las que están en los cielos. ” (Colosenses 1:19-20).

Jesús se introduce en nuestro mundo como el Príncipe de Paz, restaurándonos al Padre por su propia sangre, dándonos la bienvenida como hijos e hijas de Dios. Ya no somos hijos de ira, en conflicto con Dios. Nuestra necesidad más profunda y urgente ha sido satisfecha - la paz con Dios - y estamos libres de la ansiedad esclavizante.

Pero la paz que Jesús vino a traer no se detiene ahí. En Cristo tenemos paz con Dios y nos convertimos en agentes de paz en un mundo de discordia. La paz que trae Jesús es de alcance

universal y, por lo tanto, tiene implicaciones de gran alcance para nuestras relaciones, comunidades y el mundo. Esta es la obra que Dios ha preparado para nosotros.

A medida que se acerca la Navidad y esperamos la venida del Príncipe de Paz, consideremos un aspecto importante y a menudo descuidado de nuestro papel como creyentes en Cristo. Si Dios envió a Jesús para reconciliarnos consigo mismo, entonces, como portadores de su imagen, representamos su carácter ante este mundo cuando activamente buscamos reconciliar los conflictos con las personas en nuestra vida y en el mundo en general. Como creyentes, somos los hijos e hijas de Dios, agentes en este mundo de la paz de nuestro Padre Celestial, trayendo su reino eterno a la tierra ahora. En su segunda carta a los Corintios, Pablo dice: " Y todo esto procede de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; " (2 Cor. 5:18-21)

Si nos aburrimos en nuestra vida cristiana, tal vez sea porque no nos hemos tomado en serio que el reino de los cielos está cerca, empléndonos como ciudadanos que expanden el gobierno de Dios e invocan su voluntad para que se haga en la Tierra como es en el cielo. Significa que no hemos leído los relatos apocalípticos acerca de los dolores de parto de un cielo nuevo y una Tierra nueva recreados con justicia y paz.

Nos ha dado el ministerio de la reconciliación. ¿Estamos haciendo bien nuestro papel de embajadores? En nuestra vida personal, ¿somos rápidos, o incluso estamos dispuestos a admitir cuando estamos equivocados y pedir perdón en verdad? Cuando nos sentimos ofendidos, ¿ofrecemos perdón sin ataduras, sin albergar resentimientos ni llevar un registro de los errores, permitiendo que las relaciones sean sanadas y restauradas? En la comunidad local y global, ¿estamos buscando formas de justicia social, siendo una voz y un defensor de los marginados, ofreciendo estímulo y recursos físicos a aquellos que están luchando? En las áreas que más fallamos, quizás sea porque en ellas estamos construyendo nuestros propios reinos, o porque hemos olvidado la magnitud de nuestra propia ofensa contra Dios, que ha sido perdonada y totalmente pagada.

Al entrar en la época de adviento y mirar al reino de Dios presentado en la persona y ministerio de Jesucristo, reflexionamos sobre el anuncio del nacimiento de Cristo y el reino eterno de paz que Él traería, profetizado por Isaías: Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado y la soberanía reposará sobre sus hombros;

y se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz. El aumento de su soberanía y de la paz no tendrán fin... ”(Isaías 9: 6-7a).

Reflexión y oración:

Nos arrepentimos de intentar construir nuestros propios reinos en lugar de experimentar el tuyo. Nos arrepentimos de las relaciones en las que mantenemos un registro de errores o albergamos falta de perdón. Te pedimos que nos muestres formas prácticas de ser embajadores del ministerio de reconciliación de Cristo a los marginados de la ciudad y del mundo. Padre, te damos gracias por el regalo de tu reconciliación a través de la muerte de Cristo en nuestro lugar. Danos la fe para saber que has proporcionado todos los recursos necesarios para que se haga tu voluntad, descansando de nuestros esfuerzos hechos separados de Cristo. Señor, que tu reino entre en mi corazón, en mi vida y en mi ciudad.

Lectura bíblica: Isaías 42:1-9, Efesios 2:11-22

DÍA 3: ÁNGELES Y PASTORES

La historia de la natividad nos es familiar. Contamos con obras de teatro, canciones y decoraciones que representan este evento. Conocemos esta historia tan bien, de hecho, que perdemos de vista lo inesperada e impactante que es en realidad.

En primer lugar, comienza con un anuncio de los ángeles: el Gran Rey del cielo viene a la Tierra. Es una historia de otro mundo, que se aproxima a nosotros. Dadas las condiciones de aquellos días, podríamos esperar que los ángeles hicieran este anuncio a las autoridades romanas o a los líderes religiosos en Jerusalén. En cambio, fueron a un pequeño pueblo en medio de la nada y proclamaron al Rey venidero a un grupo de pastores.

¡Pastores! Pastores humildes. Ellos no tenían gran influencia ni eran movilizadores, y digamos que no eran ciertamente el tipo de personas a través de las cuales difundirías la Palabra. Desde cualquier punto de vista del sentido común, esto es extraño. Entonces, ¿por qué Dios haría esto? ¿Por qué habría de nacer Jesús en Belén, desconocido para la mayor parte del mundo, y ser anunciado solo a unos pocos sin importancia?

Dios parece usar casi siempre a los débiles, sencillos y humildes para traer su reino de paz. Abraham era un anciano en la tierra de Ur. David era un niño en el prado. Gedeón estaba corto de personal frente a un gran ejército. Esta es la historia de toda la nación de Israel: *"El Señor no puso su amor en vosotros ni os escogió por ser vosotros más numerosos que otro pueblo, pues erais el más pequeño de todos los pueblos"* (Deuteronomio 7:7).

El hecho de que los ángeles anunciaran la paz del Mesías a los pastores en lugar de a los reyes y sacerdotes es increíblemente reconfortante. Dios ha hecho y hará las paces con los humildes, aquellos que no dependen de sí mismos para la justicia o la aceptación moral. Son aquellos que comprenden su humilde posición ante el Consejero Admirable y Dios Fuerte, el Padre Eterno y Príncipe de Paz, y vienen a adorarlo, quienes serán salvos.

Jesús enseñó esto a sus discípulos (Lucas 9:46-48; Lucas 22:24-30). Pablo y los otros apóstoles también lo enseñaron (1 Corintios 1:18-31; Filipenses 2:1-11; 1 Pedro 3:12-19;

Santiago 2:1-13). La conexión entre la humildad y la paz está en el centro del mensaje del evangelio.

En respuesta a la crítica de que el cristianismo es solo una muleta para los necesitados emocional o psicológicamente, John Piper responde que no es sólo una muleta, es una UCI completa. Una vez estuvimos muertos en nuestros pecados y delitos (Efesios 2:1), enemigos de Dios por naturaleza (Romanos 5:10), y necesitados de un Dios salvador que nos devolviera la vida (Efesios 2:4-10). Aquellos que no piensan que están enfermos nunca se curarán (Mateo 9:12-13).

La época de Adviento nos trae paz porque Dios nos ha reconciliado consigo mismo a través de su Hijo. Experimentamos esta paz cuando reconocemos nuestro estado humilde ante el modesto pesebre del Salvador, amoroso y bueno Rey Jesús. Jesús, aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. (Fil. 2: 6-8).

Reflexión y oración:

¿Estoy tratando de mantener las apariencias? ¿Estoy tratando de ser lo suficientemente bueno para que Dios me ame? Dios, eres un Dios santo, recto y justo, incomparable. Confieso mi orgullo, pensando que de alguna manera soy aceptable por mis propios méritos. Confieso mi miedo, pensando que no amarías a un pecador como yo. Me rindo a Jesús, “el cual fue entregado por causa de nuestros delitos y resucitado para nuestra justificación.” (Romanos 4:25). El vino por los enfermos. Murió por los impíos. Que yo sea contado entre los que son lo suficientemente humildes para ver al Señor en el pesebre.

Lectura bíblica: Lucas 2:8-20; Isaías 53:1-3; Fil. 2:1-12

DÍA 4: SIMÓN DE CIRENE

“Después de haberse burlado de Él, le quitaron el manto, le pusieron sus ropas y le llevaron para crucificarle. Y cuando salían, hallaron a un hombre de Cirene llamado Simón, al cual obligaron a que llevara la cruz.” (Mateo 27:31-32).

La forma en que se lee la historia parece que este hombre, Simón de Cirene, era intrascendente, un mero espectador, una víctima en el lugar y el momento equivocados. Me imagino que simplemente estaba haciendo sus cosas como de costumbre, haciendo las tareas del día, pensando en las cosas que le interesan y hablando con sus amigos, cuando se detuvo para ver de qué se trataba toda la conmoción. Y así, por supuesto, fue cómo lo arrastraron al lío.

Es el aspecto del día a día de la vida de Simón lo que me intriga. ¿Qué era la "paz" para él? Si fuera como la mayoría de nosotros, diría que la paz en su mente tiene que ver con preservar una cierta calidad de vida y evitar las dificultades siempre que dependa de él hacerlo.

Tenemos deseos de paz para personas y lugares que están más allá de nuestra comunidad inmediata, claro, pero a menudo son poco más que deseos pasajeros de un ideal que parece estar fuera de alcance, o al menos fuera de nuestro alcance. Lo mejor es concentrarse en lo que está cerca.

Lo que está "a la mano" es precisamente el problema. Dios está entre nosotros, ardiendo en los arbustos, caminando por el camino a Emaús, soplando como el viento. Esto está en el corazón del mensaje de Jesús: "El reino de Dios está cerca". El Adviento es una invitación a recordar este anuncio, a desviarnos, a abrir los ojos y a llenarnos. Dios está llamando a aquellos que parecen ser simples espectadores a la trama redentora.

Año tras año el Adviento cerca de nosotros. Puede que nos detengamos a mirar de vez en cuando, pero nunca nos dejemos arrastrar. Demasiadas preocupaciones: regalos, trabajo de fin de año, familia, fiestas ... pendientes como siempre. ¿Y si este año nos detuviéramos a

mirar, entramos en la Historia y desde el tumulto surge esta pregunta: "¿Cuál es mi mayor anhelo ahora?"

El tono general de Adviento es de emoción, la vertiginosa espera de un niño por la mañana de Navidad. Pero como adulto hay un elemento de reflexión sobria sobre nuestro anhelo actual, o la falta de él. ¿Deseo paz? ¿Mi concepto de paz es algo totalmente diferente a la verdadera paz? ¿Qué anhelo ahora?

Traté de seguir siendo un espectador entre la multitud, contento de no luchar con esta pregunta, pero de alguna manera me convencieron para que llevara estas palabras. Y ahora se han convertido en una carga pesada. Las cosas que tenía que hacer, los anhelos que tenía, las cargas que ya llevaba, todo ello ahora sometido a esa cruz. Todo ello ahora ha perdido importancia en comparación con la venida de nuestro Señor.

Mi definición cotidiana de paz - "la mayor felicidad al menor dolor posible" - se está desmoronando bajo el peso de estas palabras. Las edades de anhelo en el pueblo de Dios, el gemido de la creación, la intercesión del Espíritu Santo, la expectación colectiva de la hueste celestial, todo ello se está acumulando en estas palabras, obligándome a dejar la multitud de espectadores y unirme a la compañía de los que llevan la Cruz. Los que se han desviado y han sido arrastrados al hermoso río de redención. Los angustiados y expectantes, cuyo canto se ha convertido en el coro del adviento: "Ven Señor Jesús, ven".

Reflexión y oración:

¿Mi concepto de paz realmente está más interesado por la comodidad que por la redención? ¿Cómo trato de evitar la carga de ser arrastrado al obrar de Dios? Señor, tu Reino viene a la tierra como es en el cielo. Pero estoy preocupado por mi pequeño ámbito de actividad e interés. Quiero desviarme y ver. Líbrame del amor por la comodidad y la tranquilidad, y llévame a la obra de tu reino.

Lectura bíblica: Mateo 11

DÍA 5: JONÁS

En apariencia, el disgusto de Jonás por Nínive parece tener que ver con la gloria de Dios. Como profeta, probablemente se lo consideraba un hombre de Dios y alguien que estaba muy interesado por cosas como adoración y arrepentimiento. Sin embargo, cuando Dios lo llama a ir a Nínive, lo vemos como realmente es: un cobarde condescendiente. Su religión es miope y su interés por la adoración y el arrepentimiento es patética.

Ciertamente disfruta ser parte del pueblo de Dios cuando significa vivir como él quiere vivir y con gente que son como él. Ciertamente podemos sentirnos identificados. La mayoría de nosotros queremos amar a Dios, pero a menudo nuestro círculo de interés es demasiado pequeño. Así como Jonás no tiene margen de salvación para los que están fuera de Israel, tendemos a ser el tipo de persona enfocada en si misma que quiere la paz personal, pero no tolera el tipo de paz que llega por medio de la prueba y de una vida de sacrificio. En una de sus cartas personales a un amigo, C. S. Lewis escribió: "No dudamos de que Dios hará lo mejor por nosotros; la pregunta es, qué tan doloroso resultará ser lo mejor".

¿Es posible que podamos desear la paz de Dios sin realmente desear al Dios de paz? En otras palabras, queremos una vida "pacífica" que esté libre de frustración y ansiedad, pero sin buscar al Dios que realmente puede dar paz. En cambio, adoramos a los ídolos, dioses falsos que ofrecen descanso y satisfacción, pero que realmente nunca pueden darlo.

Jonás deseaba los beneficios del Padre: una tierra segura y protegida, relativa prosperidad, identidad religiosa, pero al final es evidente que realmente no desea al Padre. Desea la paz de Dios sin tener que someterse al Dios de paz y no se interesa por aquellos que necesitan desesperadamente a Dios.

La ironía es que cuando buscas al Dios de la paz, obtienes la paz de Dios. Jesús dice: "¡Hombres de poca fe! Por tanto, no os preocupéis, diciendo: «¿Qué comeremos?» o «¿qué beberemos?» o «¿con qué nos vestiremos?». Porque los gentiles buscan ansiosamente todas

estas cosas; que vuestro Padre celestial sabe que necesitáis de todas estas cosas. Pero buscad primero su reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mt. 6:30-33)

Es decir, busque primero al Dios que puede proporcionar beneficios, y todos los beneficios se le darán a usted. Nunca es al revés. Ten en cuenta que la paz es algo bueno que realmente debiéramos desear, al igual que queremos la salvación, la comunidad, el contentamiento y las familias que adoran a Dios. La pregunta es: ¿nuestro gozo proviene de estas cosas o del Dios que las da?

Un buen indicador de que está obteniendo gozo de sus beneficios en lugar de Dios mismo es cómo responde cuando las cosas se ponen difíciles, cuando no está experimentando la comunidad, cuando está descontento con su trabajo o cuando está frustrado con sus hijos.

Esta época de Adviento, un tiempo de espera y preparación, no podría ser un mejor momento para que reflexionemos sobre lo que estamos esperando y deseando. ¿Esperamos a Jesús, Su Reino y la gloria de Dios? ¿O simplemente esperamos una época de sentimentalismo y reuniones familiares? ¿Somos como niños que solo pueden pensar en abrir regalos? Que seamos los que busquemos el don de Dios por encima de todo.

Reflexión y oración:

¿Tiene Dios algo que decir a mi vida? ¿Mi sensación de bienestar está ligada a lo que Dios me da o al mismo Dios? Nos arrepentimos de solo querer las cosas que nos puedes proveer sin que realmente te deseemos. ¿Te revelarías a nosotros en este tiempo de expectativa, para que veamos cuán glorioso eres? Perdona nuestro egoísmo y falta de fe, y ensancha nuestro corazón para el mundo que nos rodea. Que tu paz reine en y a través de tu pueblo, oh Dios.

Lectura bíblica: Jonás 4; Filipenses 4:4-9

SEMANA III

GOZO

DÍA 1: SENTANDO LAS BASES

El Adviento es una época de esperanza, recordando el anhelo del pueblo de Dios por el Mesías y reavivando nuestro propio deseo por el regreso de Cristo. Es un tiempo de reflexión y preparación, que nos obliga a adentrarnos en la época, abandonando el ajetreo habitual.

Las dos últimas semanas han invitado a nuestra reflexión, considerando la pregunta: "¿Qué anhelo ahora?" Nuestros débiles deseos han sido expuestos por las fuertes imágenes e historias de los poderosos hechos de Dios a lo largo de los tiempos. Nos hemos enfrentado a nuestros deseos cotidianos, que a menudo tienen poco que ver con la obra redentora de Cristo o su reinado venidero de paz y justicia. Nuestro único recurso en estos tiempos de búsqueda de esperanza ha sido implorar el grito de Adviento: "Ven, Señor Jesús, ven". Ven y aviva nuestro espíritu, levanta nuestros ojos al Dios de la esperanza y a Cristo, nuestra esperanza de gloria.

Ahora, en la última semana de Adviento, pasamos de la reflexión a la preparación, del anhelo a la expectación. Las nubes se están evaporando, se acerca la mañana. El Reino de los Cielos ha comenzado su invasión de la tierra. El día de Navidad es para el cristiano lo que el Día D para los asediados franceses. En la primera semana de la invasión celebraron con gran alegría al ver a los aliados marchar a través de sus ciudades destruidas. En medio de sus vidas destrozadas, tuvieron una gran alegría por la esperanza que les trajo la invasión.

Entramos en el gozo tan esperado de la anunciación: "El ángel le dijo a María: " El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por tanto, el niño que nacerá será santo; será llamado Hijo de Dios ".

Las historias del nacimiento de Jesús están llenas de indicios de lo que su vida significará para nosotros. La fe y la generosidad superan la impotencia. La pobreza y la persecución revelan la gloria. La alegría surge de la esperanza.

Lo aparentemente imposible ya se está desarrollando incluso antes del nacimiento de Jesús: su nacimiento predicho por los profetas y el ángel Gabriel, su concepción en la virgen María, Juan el Bautista saltando en el vientre de su madre. Estos fueron los signos de lo que Gabriel dijo a María: "Nada es imposible para Dios".

Esta promesa a María nos trae gran alegría. Cuando pensamos en nuestra esperanza en cosas sin sentido, la falta de paz en nuestra vida y cómo dejamos de amar a Dios y a nuestro prójimo, podemos desanimarnos y no confiar en la promesa de Dios de hacernos como Jesús. Lo imposible es posible gracias a Cristo. Modelar a los pecadores como nosotros en la santidad de Jesús realmente requiere una obra milagrosa. Pero Dios ha prometido completar lo que ha comenzado. Así que nosotros, como María, decimos: "Hágase en mí según tu palabra".

Reflexión y oración:

Padre nuestro, que estás en el cielo. Continúa revelándote al mundo, dando a conocer y glorificar tu nombre. Que el Reino de Cristo, que inauguraste en un establo, se expanda a lo largo de las naciones y en nuestra vida. Avanza en nuestras relaciones, trabajos y familias de la forma que mejor te parezca y te dé la mayor gloria. Que nuestro mundo te adore y se deleite en ti como en el cielo.

Lectura bíblica: Lucas 1: 26-45

DÍA 2: LAS PROMESAS DE DIOS

José y María fueron obligados a entrar en un establo y allí, en un pesebre, nació el Hijo de Dios, porque “no había lugar en la posada”. Me pregunto si esta declaración es más cierta para nosotros hoy: no hay suficiente espacio para Jesús en nuestra vida.

La noche en que nació Jesús, Lucas describe a un ángel del Señor que se apareció a unos pastores que estaban cuidando sus rebaños y les dijo que les traía buenas nuevas de gran gozo. La venida de Jesús fue una buena nueva de gran gozo. ¿Es la llegada del día de Navidad una buena nueva de gran gozo para ti? ¿O tu temporada navideña está llena de actividad frenética: hacer planes, lidiar con familiares difíciles, preocuparte por tu casa, ¿tus hijos o sus regalos?

Para algunos, la Navidad es un recordatorio de la pérdida de seres queridos, expectativas incumplidas, un padre ausente. Esto parece estar muy lejos de una buena nueva de gran gozo. Y aunque bien intencionado, una pegatina que recuerda "Jesús es la razón del tiempo de Navidad" no nos hace sentir mucho mejor.

Entonces, ¿qué debemos hacer si la Navidad es una ocasión de estrés o tristeza? Es tentador sonreír y seguir adelante con las festividades sin desanimar a otras personas. Sin embargo, una consideración seria del Adviento nos hace anhelar más que esbozar una sonrisa o fingirla. Anhelamos la alegría auténtica, pero ¿cómo la conseguimos?

A diferencia de cualquier falso sentido de alegría que tratemos de adquirir por nosotros mismos, es importante establecer un principio fundamental sobre el gozo: el gozo no se adquiere, sino que se experimenta. Es decir, al igual que la gracia, el gozo es un regalo que recibimos. El gozo es una respuesta a la gracia gratuita de Dios. No podemos controlarlo, fabricarlo ni decirle qué hacer. No se puede comprar a ningún precio.

La felicidad no es lo mismo que el gozo. Suele acompañar al gozo, pero es más circunstancial. Fluye y fluye según la ocasión. El gozo, por otro lado, es un placer permanente en alguien o algo que amas.

El Adviento es un viaje hacia el gozo, pero no somos nosotros los que viajamos. Es el gozo que viene a nosotros. Al comentar sobre Hebreos 12: 2, que dice: "por el gozo puesto delante de él, Jesús soportó la cruz", John Piper dice que "el gozo puesto delante de él" somos nosotros, aquellos a quienes vino a redimir. El gozo que trajo a Jesús a la tierra, a nacer en un pesebre, a ser perseguido y muerto en la cruz, es la redención de su Iglesia. El Adviento nos invita a detenernos y mirar a Jesús, que se deleita en nosotros hasta el punto de su propia muerte, para que nuestro gozo sea completo en Él. La expectación da paso a la llegada.

Reflexión y oración:

Durante este tiempo de Adviento, que podamos experimentar de maneras que produzcan un deleite profundo y permanente en nosotros. Tú has venido a nosotros para comprarnos, para redimirnos, para salvarnos a un gran costo para ti. Que nuestro deleite en ti se encuentre en estas verdades en lugar de en emociones fugaces de sentimentalismo y felicidad. Como Jesús, cuyo deleite en ti fue tan profundo que fue obediente hasta el punto de la muerte, que nuestro gozo sea pleno en ti incluso en tiempos de espera o sufrimiento. No podemos fabricar el gozo, Padre. Danos alegría y haznos gozosos por lo que eres y por lo que has hecho.

Lectura bíblica: Hebreos 12:1-11, Salmo 30

DÍA 3: MARÍA Y MARTA

Debido a que el gozo es algo que experimentamos en lugar de adquirirlo, Adviento es un momento especial en el que disminuimos la velocidad y nos deleitamos en la persona y la obra de Jesucristo. Vino por el gozo de nuestra salvación, y vendrá de nuevo para que nuestro gozo sea completo. Pero ¿qué pasa con el tiempo en medio? ¿Cómo experimentamos esta profunda alegría aquí y ahora? Lucas nos muestra cómo en la historia de María y Marta (Lucas 10: 38-42).

Mientras seguían su camino, Jesús entró en una aldea. Y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Y tenía una hermana llamada María, que se sentaba a los pies del Señor y escuchaba sus enseñanzas. Pero Martha se distrajo con mucho servicio.

Martha está muy ocupada cocinando, sirviendo, limpiando, asegurándose de que todo esté bien. María es todo lo contrario. Le gusta sentarse a los pies de Jesús y escuchar, contemplar y empaparse del momento. Ya sea en duelo, sirviendo o adorando, María siempre parece dirigirse a los pies de Jesús. Y [Marta] se le acercó y le dijo: “Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado servir sola? Dile entonces que me ayude ”.

Como: "Mira, estoy haciendo todo el trabajo, que parece pasar desapercibido por cierto, ¡y mi hermana no está haciendo nada!" Estoy haciendo todo esto por ti, pero ella está recibiendo toda la atención ”.

Si alguna vez has sido tú quien ha hecho todo el trabajo mientras otros se mantienen al margen, entonces puedes comprender la frustración de Martha. Lo único peor que hacer más de lo que le corresponde es no recibir reconocimiento por ello.

Pero el Señor le respondió: “Marta, Marta, estás ocupada y angustiada por muchas cosas, pero una sola es necesaria. María ha elegido la buena parte, que no le será quitada”.

Es decir, “Martha, estás confundida. La alegría no se puede adquirir; solo se puede experimentar. Deja de intentar obtener mi aprobación. Deja de buscar la alegría en tu ajetreo. ¿No sabes dónde estar? La alegría procede de estar en mi presencia. El gozo procede de

experimentar el poder del reino de Dios que he venido a restaurar. No puedes adquirirlo por ti mismo. Solo puedes experimentarlo como me experimentas a mí ".

¿De qué manera estás tratando de adquirir o fabricar alegría para ti mismo? ¿Trabajas duro en tu trabajo para obtener la aprobación de otros? ¿O trabajas duro para asegurarte de tener suficiente dinero para comprar las cosas que crees que realmente te harán feliz? ¿Tratas de alegrarte de los éxitos de tus hijos o de la calidad de la educación que les diste? Todos estos empeños solo pueden traer gozo cuando están empapados en las aguas que brotan del manantial del gozo mismo. Cuando nuestro máximo deleite y tesoro es Jesús, entonces nuestro cónyuge, nuestros hijos, nuestro trabajo puede traer alegría real porque no están siendo adorados.

Deja que el tiempo de Adviento te lleve a los pies de Jesús.

Reflexión y oración:

Nos arrepentimos de intentar primero deleitarnos en otras cosas además de ti y luego tratar de encajarte en el poco tiempo y energía que nos queda. En este tiempo de Adviento, permítenos ralentizar nuestras vidas y nuestros deseos de encontrar el descanso y la alegría máxima en ti y solo en ti. Satisfacer nuestros anhelos más profundos de aprobación y significado que tan fácilmente buscamos encontrar en otras cosas o personas. Haz pleno nuestro gozo.

Lectura bíblica: Lucas 10: 38-42; Juan 16: 16-24

DÍA 4: LA ESPERA

¿Cuál es la alegría de esperar? Todos hemos experimentado cómo la espera y la expectación intensifican el gozo de la consumación. El primer ejemplo que me viene a la mente es el nacimiento de un niño. Si los bebés nacieran inmediatamente después de la concepción, la nueva vida podría traer más conmoción y miedo que alegría en el momento. Quizás el regalo de Dios para nosotros es el tiempo: tiempo para contarles a todos nuestras buenas noticias, tiempo para pintar una habitación y comprar cosas, tiempo para prepararnos para esta nueva vida. El nacimiento instantáneo nos privaría de la alegría de esperar, pero con nueve meses para prepararnos e imaginar, ¡el nacimiento llega como una celebración gloriosa!

Un ejemplo de esto en las Escrituras es la primera reacción de Adán a Eva. Adán vivió solo durante algún tiempo; trabajó dando nombre a los animales y administrando el jardín. Sin embargo, leemos que no tenía una ayuda adecuada y "no era bueno". Adán se enfrentaba día tras día a la realidad de que estaba solo. No sin compañía, pero sin la compañía adecuada. Así, cuando Adán vio por primera vez a Eva, rompió a cantar: "Esto al fin es hueso de mis huesos y carne de mi carne; se llamará Mujer, porque del hombre fue sacada". (Génesis 2:23)

Adán, estoy seguro, se habría alegrado de tener a Eva desde el primer día. Pero la espera, el anhelo desconocido por alguien de carne y hueso como él, le produjo una alegría que no podría haber conocido de otra manera.

Todos tenemos un profundo sentimiento de nostalgia que tiene que ver con lo incompleto: aspiraciones embrionarias, partes de nosotros que permanecen desconocidas, una conciencia cada vez mayor de nuestro mundo roto. Podemos ser redimidos y gozosos en Cristo, pero sabemos que hay más: que fuimos creados para otro mundo. Permaneciendo en nuestras almas está el inquietante recuerdo del Edén y el misterio del reino venidero.

El embarazo me parece una de las pocas cosas que debemos esperar más. De hecho, casi todas las ocasiones de espera se consideran ahora en gran medida una imposición. No es que la vida se detenga durante el embarazo. Todavía tenemos todas las cosas habituales por hacer. Pero el vientre en crecimiento es un recordatorio constante de lo que está por venir. No hay nada que podamos hacer para acelerarlo o prolongarlo.

Nosotros sólo podemos prepararnos y esperar. Este es el tipo de anhelo del que habla Pablo: "Sabemos que toda la creación ha estado gimiendo como con dolores de parto hasta nuestros

días. No solo eso, sino que nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior mientras esperamos ansiosamente nuestra adopción como hijos, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esta esperanza fuimos salvos. Pero la esperanza que se ve no es ninguna esperanza. ¿Quién espera lo que ya tiene? Pero si esperamos lo que aún no tenemos, lo esperamos con paciencia”. (Romanos 8: 22-25)

El Adviento nos hace esperar y tomar nota de que así es como Dios eligió venir a nuestro mundo. No en un destello del cielo, sino como una semilla.

finalmente llega, y luego está la espera. Para María y José, Isabel y Zacarías, fue un tiempo bendecido ... tiempo para asimilarlo todo, tiempo para prepararse y tener sueños increíbles, ¡tiempo para estallar en canciones!

La alegría se experimenta mucho más profundamente cuando se nos hace esperar lo que anhelamos. La expectación del Adviento hace aún más palpable la alegría de la mañana de Navidad.

Reflexión y oración:

Ven, Señor Jesús, ven.

Ven cuando quieras.

Esperamos tu regreso.

Ven cuando el tiempo sea completo

Fecunda nuestra debida esperanza.

Nueva vida en nuestro viejo mundo,

Nuevos cuerpos a la vista.

Ven por la mañana,

Nuestra luz tan esperada.

El día rompe la muerte,

La oscuridad ahora en vuelo.

Ven con sonido de trompeta,

nuestro canto consumado.

Alegría resonante para todos

los que tanto tiempo han esperado.

Lectura bíblica: Lucas 1: 46-80

DÍA 5: SEGUNDA VENIDA

Pero María se quedó llorando fuera del sepulcro, y mientras lloraba se inclinó para mirar dentro del sepulcro. Y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabeza y otro a los pies. Le dijeron: "Mujer, ¿por qué lloras?" Ella les dijo: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto". Dicho esto, se dio la vuelta y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella le supuso que era el jardinero y le dijo: "Señor, si se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto y yo iré a por él". Jesús le dijo: "María". Ella se volvió y le dijo en arameo: "¡Rabboni!" (que significa Maestro).

Él le dijo: "No te aferres a mí, porque aún no he subido al Padre; pero ve a mis hermanos y díles: 'Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios'". María Magdalena fue y anunció a los discípulos: "He visto al Señor", y que le había dicho estas cosas. (Juan 20:11-18)

Todo lo relacionado con la alegría de lo que hemos hablado esta semana se ve aquí en María Magdalena: victoria en medio del sufrimiento, alegría de reencontrar a una persona, alegría intensificada por la espera.

Solo puedo imaginar lo que María debió haber estado pensando ese domingo por la mañana: "Quizás no era quien decía ser". "Pensé que realmente nos iba a liberar". O tal vez, "todavía creo en él, pero simplemente no lo entiendo".

Confusión. Decepción. Desesperación. Incluso después de ver a los ángeles en la tumba, todavía llora cuando Jesús se le acerca. Ella lo estaba mirando directamente, pero no le reconoció hasta que él dijo su nombre, "María". Esta es una de las imágenes más conmovedoras de los cuatro evangelios. Jesús, el Señor resucitado y glorificado, dice suavemente su nombre y ella ve. El encuentro con Jesús abre las compuertas de la alegría. Nuestra historia no es menos milagrosa. Dios ha abierto nuestros ojos para ver y nuestro corazón para creer. Ha puesto en nosotros el anhelo de ver a Jesús cara a cara. Juan nos dice: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no ha aparecido lo que seremos; pero sabemos que cuando él aparezca seremos como él, porque lo veremos tal como es". (1 Juan 3: 2)

El tiempo de la decepción, la confusión, los celos, la ira y el dolor ya no existirá. Ese día, todos nuestros anhelos de esperanza, paz, amor y gozo encontrarán completa satisfacción cuando Jesús nos mire y nos llame por nuestro nombre.

La Navidad muestra a Dios comenzando a revelar su hermoso plan de redención, la Pascua muestra su poder para realizar su plan y la Segunda Venida mostrará la consumación del plan.

Maranatha. ¡Ven Señor Jesús!

Reflexión y oración:

Padre, aunque nos has redimido y nos has dado ojos para ver, anhelamos el día del regreso de Jesús, cuando lo veremos cómo es y seremos hechos como él. Anhelamos el día para encontrar nuestro gozo, deleite y máxima satisfacción sin distracciones en ti, tal como lo hace Jesús. Haz que estemos contentos donde estamos ahora, pero no satisfechos. Aumenta nuestra compasión por el mundo que nos rodea a medida que aumenta nuestro deseo por tu regreso. Venga tu reino, hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo.

Lectura bíblica: Apocalipsis 22: 6-20

SEMANA IV

AMOR

DÍA 1: SENTANDO LAS BASES

Sabemos que Dios nos ama porque envió a su hijo único para que tuviéramos vida en él (Juan 3.16). Si no fuera por la vida, muerte y resurrección de Jesús, nos sería muy fácil dudar del amor de Dios por nosotros. Después de todo, vivimos en un mundo que está lleno de decepción, dolor y muerte. Muchas veces nos parece errático y confuso; sin embargo, sabemos que Dios nos ama porque ha demostrado su amor por nosotros en la Cruz.

Quizás sepas que Dios te ama. Quizás hayas estudiado que Dios es amor, incluso en el intelecto das crédito a estas palabras, pero es necesario plantearte una cosa para saber si estás preparado para la Navidad. A saber – ¿puedes recibir el amor de Dios?

No te pregunto si sabes del amor de Dios. Quiero saber si conoces el amor de Dios. ¿Eres igual de convencido como lo fue Juan sobre el amor de Dios por ti, en Jesús?

Es imprescindible que reflexionemos sobre esta cuestión tan importante porque a casi todos nos cuesta recibir el amor de Dios tal como es —Su amor incondicional, inmutable e implacable.

En un tiempo pasado, creía que esto era cosa sencilla para mí. Me veía bien con el amor de Dios, pero llegó un día que me impactó la grandeza y la gratuidad de la gracia de Dios.

Saqué un diario nuevo en el que iba a escribir. Cuando abrí la tapa, tuve la sensación de dar un nuevo comienzo con Dios, como si de alguna manera el pecado y la sequedad espiritual que había sentido se borrara, como si me hicieran una especie de renovación.

En ese momento me di cuenta de que sólo me veía bien con el amor de Dios mientras me sintiera lo suficientemente bueno como para ser amado. Y para sentirme lo suficientemente

bueno, seguía minimizando mi pecado para hacerme mi propia renovación. Pero Dios tuvo que deshacer por completo mi concepto de su amor por mí.

Lo hermoso del evangelio es que antes de ser unido a Cristo, fuiste totalmente indigno de ser amado. No fue sólo que tuvieras algunos malos hábitos. Estabas completamente muerto en tus pecados y de hecho eras enemigo de Dios (Ef. 2:1-3; Col. 1:21; Ro. 5:10). Pero al acreditar nos la justicia de Cristo a nosotros los que creemos, Dios ahora se complace en nosotros, porque se complace en Jesús. ¿Esto te lo crees? Aquella declaración de aprobación en el bautismo de Jesús también se te aplica a ti —Tú eres mi hijo o hija, en quien me complazco. Y no por nada que hayas hecho; en realidad, tu vida sigue siendo bastante desordenada y pecaminosa. Pero si estás en Cristo, Dios te ama así. Esto roza el escándalo, y nos resulta tan difícil creerlo y recibirlo.

Tuve que asumir el hecho de que el amor de Dios no obvia esa desordenada realidad de mi vida. Dios se hizo carne y habitó entre nosotros; no es sólo una bonita forma de decir las cosas, sino que es una declaración de la condescendencia de un Dios santo a un mundo oscuro y pecaminoso — el mundo mío.

¿Y tú? ¿Cuáles son tus dificultades a la hora de recibir el amor de Dios? ¿Disminuyes el amor de Dios tratando de ganártelo? ¿Huyes el amor de Dios porque no te sientes digno de su amor? ¿Sientes la fidelidad de Cristo en tu favor? ¿La historia del regalo de Dios sólo te crea un sentimentalismo de villancicos y un cálido hogar, o suscita un profundo amor por Dios?

Reflexión y Oración:

Nos arrepentimos de nuestros intentos constantes de ganar tu amor. Además de que nunca lo podríamos conseguir, estos intentos suponen una burla de la victoria que ha ganado Cristo a nuestro favor cuando descendió en Navidad, y murió y resucitó el domingo de Resurrección. Concédenos la convicción de que verdaderamente nos amas y te complaces en nosotros, gracias a la justicia de Cristo. Que podamos sumergirnos profundamente en la corriente de tu amor.

Lectura Bíblica: Efesios 2:1-10; Juan 3:16-21

DÍA 2: EL AMOR DE DIOS POR TI

Quizás ayer te dieras cuenta de que, de alguna manera, te cuesta recibir el amor de Dios.

Algunos podemos tener una convicción velada que merecemos el amor de Dios o que podríamos ganarnos más de ese amor. Déjame decírtelo de otra manera: Si no te deja completamente estupefacto saber que Dios te ama, es que dentro de ti hay algo que lo ve razonable el que Dios te ame.

¿Alguna vez te piensas --consciente o inconscientemente-- «Dios me amaría menos si yo [rellenar el espacio]»? Deja de leer sólo un momento, y piensa si podrías poner algo en ese espacio. Si tienes algo con qué rellenar ese espacio, quizás te encuentres en una lucha por mantener una imagen hueca de ser lo suficientemente bueno. Ya que esto supone una lucha agotadora, es probable que estés cansado espiritualmente. Nada que pusieras en ese espacio te haría menos digno de amor.

Fíjate bien en lo que te voy a decir: Es imposible ser menos digno de amor de lo que ya eres. Y cuando asumas de verdad lo poco digno que eres, entonces entenderás lo grande que es el amor de Dios.

Hablamos de esto ayer, pero es tan importante que hoy vamos a volver a pensar en ello. No puedes ganarte el amor de Dios. Llega el momento que tienes que abandonar esa idea. Dios no te ama porque consigues impresionar a gente importante. Dios no te ama porque eres inteligente. Dios no te ama porque cumples las reglas. Dios no te ama porque los demás creen que eres genial. Nada de esto importa si no estás en Cristo. Si estás en Cristo --unido a Él en su justicia, compartiendo con Él su herencia-- entonces Dios te ama porque a Él le ama.

¿Puedes aceptarlo? ¿Puedes ser el nada para que Jesús lo sea todo? Incluso los que profesamos la fe en Cristo y confiamos en Él para nuestra justicia, con facilidad podemos volver a pensar que merecemos o que podemos ganar el amor de Dios. Esta clase de pensamiento no es una correcta preparación para la Navidad, va totalmente en contra de la libertad que Jesús vino a darnos. Algunos pensáis que no merecéis el amor de Dios en absoluto, lo cual es correcto, pero en lugar de gozar del amor que llega a los que no lo merecemos, lo huyes. Te escondes en tu vergüenza y culpabilidad. No recibes el amor de Dios porque no te sientes digno de él.

¿Alguna vez te piensas —consciente o inconscientemente— «Dios me amaría más si yo [rellenar el espacio]»? Si tienes algo con qué rellenar el espacio, quizás te encuentres en un ciclo vicioso de decirte a ti mismo que en el futuro Dios te amará a ti — a una versión mejorada de ti mismo. Lo que quiero que aceptes es que Él sí te ama, ahora mismo, sea cual sea tu condición.

Todo lo que Juan dice sobre Jesús en el primer capítulo de su evangelio evidencia que el amor de Dios es más grande que lo que tú hayas hecho. Podríamos hablar todo el día de lo que Dios ha hecho para demostrar su amor, principalmente que murió por nosotros, pero al final de ello, de haber dado todas las razones por las que sabemos que el amor de Dios es real, todavía tienes que contestar a esta pregunta: ¿es una realidad en tu vida?

Nada que pusieras en ese espacio te haría más digno de amor. Escúchame: Si estás unido a Cristo, no es posible ser más digno de amor de lo que ya eres. Cuando llegues a asumir lo perfecto y suficiente que es Jesús para ti, entonces conocerás verdaderamente el amor definitivo e inmutable de Dios.

Es que, cuando el brillo de las navidades haya acabado, y todo lo que queda sea papel roto de los regalos, y serrín del belén en el recogedor, podemos quedarnos ansiosos. Pensamos, ¿y ahora qué? ¿De verdad, esto ya es todo? Todos los villancicos se dejan de cantar, ¿y ahora llegan las facturas? ¿Se ha acabado de verdad? La respuesta por supuesto es que no. En ese momento, podemos decirnos al corazón, «¡Qué hermoso el regalo de Dios para mí, en su Hijo Jesucristo! Su manto de justicia me viste de hermosura desmedida todo el año.»

Ahora de nuevo, ¿estás preparado para recibir el amor de Dios que se te ofrece en tu condición de hoy? Si lo estás, estás listo para Navidad.

Reflexión y Oración:

Gracias por la Navidad. Gracias por establecer tu reino cuando no queríamos un Rey. Gracias por ir en busca de nosotros cuando no queríamos que nos buscaran. Nos arrepentimos de nuestro orgullo y nuestra vergüenza. Tanto uno como el otro representa una huida de tu amor y de la obra de Cristo a nuestro favor. Haznos más conscientes de tu santidad y de nuestro pecado, para que tu amor por nosotros nos resulte completamente inesperado y asombroso.

DÍA 3: OSEAS

Si te cuesta recibir el amor de Dios, el problema fundamental es que no estés confiando en Jesús como tu justicia y tu vida, atesorándolo como tal. Los últimos dos días hemos considerado como tendemos a pensar que nos hacemos merecedores o no merecedores del amor de Dios por algo que hemos hecho. Ayer tomamos conciencia de que tanto nuestro orgullo como nuestra vergüenza constituyen huidas del amor de Dios. El orgullo y la vergüenza son dos caras de la misma moneda de la autojustificación. O llevas la cabeza en alto o estás cabizbajo, pero en ambos casos mides tu capacidad de ser amado por el nivel de tu justicia, o por la falta de ella.

Una ilustración hermosa desde el Antiguo Testamento se encuentra en la escandalosa historia de Oseas. Empieza así: «Cuando por primera vez el Señor habló por medio de Oseas, el Señor le dijo —Anda, toma para ti a una mujer ramera y engendra hijos de prostitución; porque la tierra se prostituye gravemente, abandonando al Señor» (Oseas 1:2).

Dios asigna a Oseas la tarea impensable de tomar a una prostituta por mujer. No es impensable a causa de su pasado como prostituta, sino por su futura infidelidad hacia Oseas. Esto lo sabe antes de casarse con ella.

Dios desea mostrar a Oseas, y a la nación de Israel, su constante infidelidad hacia su paciente y fiel Marido.

Tal como Oseas fue enviado a buscar a Gomer en medio de su adulterio, así Cristo fue enviado a buscarnos en nuestra infidelidad hacia Dios, enviado a los brazos de una joven, aquella noche histórica. De Gomer no nos dicen sus razones por cometer adulterio, pero si se parece en algo a mí, tendría mucho que ver o con orgullo o con vergüenza. Cuando me encuentro especialmente orgulloso o avergonzado, es casi imposible para mí recibir el amor de Dios; en su lugar, me entrego a otros que no son mi Fiel Pretendiente.

En la narrativa de Navidad, Dios creó los cielos y la tierra, y de la misma manera que amas a algo que has creado, así Dios amó al mundo. Cuando el pecado irrumpió en el mundo, estropeó su belleza y esplendor. Atenuó la luz, por así decirlo, pero la oscuridad no pudo vencer el amor de Dios. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito para redimir lo

que es Suyo, y empezar la tarea de restaurar el Edén —un nuevo jardín con una nueva familia. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él no se pierda, más tenga vida eterna con Dios.

La historia de Oseas y Gomer demuestra que el hecho de ser amado no es necesariamente lo que reorienta nuestros afectos. La esperanza de la época de Navidad es que «Cristo en vosotros» es capaz de conocer ese amor del Padre que nos fue regalado en el Hijo. «Cristo en vosotros» es capaz de atesorar ese hermoso regalo, sobre todo en una época de sentimentalismo. Si Cristo es nuestro amor, la Navidad es el día en que Él nos propuso matrimonio. El Fiel Esposo se casa con una novia deshonrada, en un matrimonio dispuesto por un Padre Amoroso, y sellado por el Espíritu.

La narrativa de la Navidad no cuestiona si merecemos el regalo del amor de Dios. En realidad, no se trata de nosotros; de igual manera la historia de Gomer no versa sobre ella, versa sobre Oseas. En el mismo sentido, el Antiguo Testamento no se trata de Israel, se trata del Dios de Israel. La narrativa de la Navidad se trata de Dios y de su Hijo amado, Jesús, quien no sólo creó el mundo, sino que después se hizo hombre en ese mismo mundo, para vivir la vida que nosotros debíamos vivir, y morir la muerte que nos correspondía a nosotros, para que los que estamos en Él llegáramos a ser hijos de Dios.

Reflexión y Oración:

Dios, tú eres fiel con nosotros, a pesar de que te somos infieles. Perdónanos nuestra infidelidad. Perdónanos por no recibir tu amor ni corresponderte con nuestro amor. Continúa tu obra de santificación en nosotros, a través de tu Espíritu, elevando nuestros afectos desde los deseos no satisfactorios hasta ponerlos en la imagen de Cristo, quien conoce la máxima complacencia en tu presencia.

Lectura Bíblica: Salmo 103

DÍA 4: HIJO PRÓDIGO

En su libro *El Dios Pródigo*, Tim Keller tiene razón al indicar que el protagonista de la parábola del hijo pródigo no es el hijo pródigo en absoluto—es el padre. De hecho, el caso del hijo mayor recibe tanto énfasis como el del menor (el pródigo). El padre ama a sus dos hijos con abandono, sin reprimirse, y ese amor de padre es el centro de la historia.

Parece que Jesús nos está pidiendo pensar en nuestra propia manera de recibir el amor de Dios—¿soy como el hijo mayor o el hijo menor?

Si no estás familiarizado con esta parábola, detente un momento para leerla en Lucas 15:11-32. Al menos al principio, ambos hijos tienen dificultades para recibir el amor de su padre. El hijo menor ni siquiera quería el amor de su padre—sólo quería su herencia. El hijo menor únicamente tiene en cuenta a su padre por lo que le puede dar. Cuando el hijo menor regresa, y el padre le organiza una fiesta de bienvenida, el hijo mayor sale furioso y hace caso omiso de la invitación de su padre de unirse a la celebración.

Igual que el hijo menor, nosotros muchas veces tenemos en cuenta a Dios sólo por lo que nos puede dar: la felicidad, un empleo digno, una buena comunidad de iglesia, una familia armoniosa, incluso la salvación. Fíjate que ninguno de éstos es malo de por sí, aunque si deseamos sólo los dones y no el Dador de los dones, nos falla algo. Nuestro amor por el Dador depende entonces de que recibamos los dones. Somos como el hijo menor que se va alegremente de la casa de su padre, herencia en mano, diciéndose, «Vaya, cómo quiero a mi padre.» Es evidente que en realidad no quiere a su padre—su padre no es más que un billete de lotería.

Igualmente, el hijo mayor tiene sus condiciones para poder recibir el amor de su padre. Mientras el hijo menor derrochaba su herencia, el hijo mayor se quedaba en casa, un siervo fiel que cumplía todas las reglas. Cuando el padre lanza una celebración por el regreso del hijo menor, sin reparar en gastos, el hijo mayor se indigna. Implícitamente, está diciendo que sólo está justificado que el padre ame a alguien que cumple las reglas —a un justo—y ya que el padre está amando a un impío, el hijo mayor no va a amar al padre, ni permitirá que el padre le ame a él tampoco.

Si bien deberíamos reflexionar detenidamente sobre cómo nos parecemos a cada hijo, el protagonista de esta historia es en realidad el padre. Es un padre espléndido y bueno. Es paciente y perdonador. Se sacrifica, y nos acoge. Es amoroso.

En Navidad, el Padre demuestra que cumple todas estas cosas por medio de su hijo Jesús. Pablo llama a Jesús, «imagen del Dios invisible» (Col. 1:15), así que, todo lo que observamos en Jesús también es propio del Padre. Dios en Cristo es del todo espléndido y bueno. Es paciente y perdonador. Se sacrifica, y nos acoge. Es amoroso. «Mirad cuán gran amor nos ha otorgado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; y eso somos» (1 Juan 3:1).

Reflexión y Oración:

Nos arrepentimos de sólo querer las cosas que nos puedes dar, en lugar de deleitarnos en tu presencia. Nos arrepentimos de nuestra maldad, pero también de creer que una justicia nuestra ganaría tu favor y nos daría derechos por nuestros propios méritos. Haznos conscientes de nuestra condición, que como el hijo que abandonó el hogar, somos completamente indignos de ser tus hijos, pero aun así vienes corriendo hacia nosotros con los brazos abiertos, gracias a lo que Jesús, el Hijo Verdadero y Fiel, ha logrado por nosotros. Que vivamos nuestra identidad como hijos tuyos, y no respondamos como un huérfano que intenta ganarse tu favor y sospecha de tu bondad hacia él.

Lectura Bíblica: Lucas 15:11-32; 1 Juan 3:1-3

DÍA 5: COMPASIÓN

Y Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, proclamando el evangelio del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia. Y viendo las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban angustiadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor. (Mateo 9:35-36)

Empezamos a vislumbrar lo profundo del inconmensurable amor de Dios por nosotros, al ver cómo Jesús sanaba a los enfermos, y como tenía compasión por los marginados y afligidos.

El profeta Isaías se dio cuenta de que este mundo, en su estado actual, no es cómo Dios lo había creado. La existencia de la cieguera, la sordera y la cojera nos lo recuerda. La perfección y shalom (paz) de Génesis 1-2 es llevada a la más absoluta ruina por la rebelión del hombre contra Dios. Más adelante, vemos en la persona de Jesús la gran compasión que Dios tiene por su pueblo. Siglos antes del pesebre de Belén, Isaías anunció: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y la soberanía reposará sobre sus hombros; y se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz» (Isaías 9:6).

Jesús se conmovió, de manera genuina y emocional, por nuestro sufrimiento. Cuando dos ciegos pidieron que Jesús tuviera misericordia de ellos y les restaurara la vista, Mateo nos relata que Jesús, «movido a compasión», les tocó y les sanó (Mateo 20:29-34).

Quizás el ejemplo más grande de la compasión de Cristo sea la muerte de su amigo Lázaro. Juan nos relata que, al llegar a la casa de Lázaro, «Jesús lloró». Su respuesta es realmente sorprendente, porque Jesús les dijo a sus discípulos incluso antes de llegar, que sabía que Lázaro ya había muerto. De hecho, afirmó alegrarse de no haber estado presente para curarlo, y así poder resucitarlo después, para que más personas creyeran en Él. Aunque Jesús se alegraba de la oportunidad de mostrar su poder milagroso, la situación que encuentra al llegar le afecta tanto que le hace llorar. No llora la pérdida de un amigo que en breve recuperará su vida, sino le apena el estado actual del mundo.

Le aflige la realidad de la muerte y el dolor, el llanto y el sufrimiento. Éste no es el mundo que habían creado Jesús y su Padre, y le duele verlo.

Pero esto es precisamente el motivo por el que vino Jesús, para empezar la obra de hacer nuevas todas las cosas. La obra de la restauración incluye toda la Creación, pero la vemos de manera más personal y emotiva en la forma en que Jesús restaura a los pecadores a una relación correcta con Dios, por causa de su gran amor y compasión hacia nosotros. Igual que a Lázaro, Dios nos llama a salir de la muerte y nos restaura a una vida nueva por su gran amor por nosotros. «Pero Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados), y con Él nos resucitó, y con Él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús, a fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús» (Efesios 2:4-7).

Esta clase de compasión y de amor nos mueve a responder con un amor más grande por Dios y por los demás. El evangelio nunca es cuestión de obras, sino de transformación. En la época de Navidad, muchos sentimos una especie de obligación de servir a los más necesitados, y creo que puede ser un deseo bueno y dado por Dios, que se aviva en nosotros cuando pensamos cómo Dios se ha acercado a nosotros en su Hijo. Sin embargo, el evangelio exige nuestro amor y compasión durante todo el año, más allá de una obligación anual. Nuestra acción debe surgir de un profundo amor por Cristo, y por su obra a nuestro favor. J.D. Greear recomienda que oremos a Dios así: «En Cristo, no hay nada que yo pueda hacer para que me ames más, y nada que yo haya hecho te hace amarme menos. Tu presencia y aprobación son todo lo que necesito hoy para tener un gozo eterno. Tal como has sido conmigo, así seré con los demás. Cuando oro, calcularé la talla de tu compasión por la cruz, y la talla de tu poder, por la resurrección.»

Ésta es la clase de oración que procede de una persona cuya identidad está bien arraigada en el amor demostrado en el evangelio. Produce un auténtico cambio de vida.

Reflexión y Oración: «En Cristo, no hay nada que yo pueda hacer para que me ames más, y nada que yo haya hecho te hace amarme menos. Tu presencia y aprobación son todo lo que necesito hoy para tener un gozo eterno. Tal como has sido conmigo, así seré con los demás. Cuando oro, calcularé la talla de tu compasión por la cruz, y la talla de tu poder, por la resurrección.»